

Decenas de teorías han tratado de explicar el significado de las gigantescas líneas y figuras que salpican las pampas peruanas. Ajenos a las hipótesis que afirman su origen extraterrestre, los investigadores serios creen que este espectacular conjunto arqueológico es un enorme calendario astronómico o un lugar de culto al agua construido por pueblos preincaicos.

NAZCA

El enigma de la pampa peruana

Textos y fotos: Fernando Cohnen



El famoso «Candelabro», grabado sobre una duna de arena en la Punta Pajarrey, cerca de la Península de Paracas

Hace más de 2000 años, los habitantes de Nazca dibujaron gigantescas líneas y figuras de animales sobre las ardientes pampas peruanas, una de las regiones más desérticas del planeta. Visitadas por las estrellas de noche, sus tierras han sido barridas con furia por el viento desde que el hombre osó domeñarlas. Los

misteriosos dibujos y los entramados de líneas han permanecido inalterables durante siglos en el desolado paisaje de Nazca.

El conjunto arqueológico se encuentra entre los kilómetros 419 y 465 de la carretera panamericana. Dado su enorme tamaño, el viajero que quiera admirarlo ten-



Apenas hay flora y fauna en la desértica pampa de Nazca.



Tras un fallo del motor, la avioneta aterrizó en la carretera panamericana

drá que sobrevolar la zona en una avioneta. El significado de las figuras sigue siendo uno de los grandes enigmas arqueológicos de nuestro tiempo. Las kilométricas líneas rectas apenas sufren desviaciones y las curvas de los dibujos son muy precisas. Pero, ¿cómo es posible realizar dibujos de centenares de metros sin poderlos ver en conjunto?, ¿qué significado tenían para sus autores?

Aunque los amantes de lo paranormal han relacionado las líneas de Nazca con pistas de aterrizaje para fabulosas naves extraterrestres, los arqueólogos han tratado de aportar hipótesis menos extrava-

El viajero que quiera admirar las enigmáticas figuras de Nazca tendrá que sobrevolar la zona en una avioneta

gantes. Entre las más creíbles se encuentra la que sugiere que los dibujos están relacionados con la escasez de agua que sufrieron los habitantes de las pampas peruanas. Según apuntan los investigadores, aquellos extraños diseños eran parte de un ritual que se integraba en un complejo entramado artesanal para almacenar el líquido elemento.

Dispuesto a ver con mis propios ojos esta rara joya arqueológica, abandono la brumosa Lima para viajar al desierto de Nazca. Pero antes hago un alto en el camino para visitar las ruinas de Pachacamac, situada a unos treinta kilómetros de la capital peruana. Esta ciudad de la cultura Lima fue construida frente a la costa del Pacífico, más o menos en los mismos años que floreció el pueblo que grabó los geoglifos, término propuesto en 1964 para designar las figuras geométricas y los dibujos zoomorfos de insectos, pájaros, orcas y monos de Nazca.

De hecho, los rituales de los sacerdotes de Pachacamac estaban relacionados con los que practicaban los constructores de las famosas figuras. Tanto unos como otros creían que el Sol, las estrellas, las constelaciones y, en especial, la Luna constituían un panteón divino que marcaba el pulso de sus vidas. Aquellos pueblos pensaban que los movimientos de los astros en la bóveda celeste también mostraban la forma de aprovechar al máximo sus cosechas. Cabe recordar que otras de las hipótesis sobre el origen de Nazca sostiene que las fantásticas figuras podrían ser el más gigantesco y sugerente calendario planetario creado por el ser humano.

Tras dejar atrás Pachacamac, vuelvo a coger la carretera panamericana, una columna vertebral de asfalto que se extiende más de 2.000 kilómetros desde la frontera con Ecuador hasta la de Chile. El tramo que recorro entre Lima y Nazca atraviesa en línea recta un desierto absoluto, salpicado por algunos oasis polvorientos que forman los casi siempre secos cauces que descienden de los Andes. En las cunetas aparecen toscas cruces de madera que recuerdan antiguos accidentes de tráfico. Su asombrosa multiplicación a lo largo del trayecto me obliga a estar muy pendiente del tipo que conduce el autobús.

Sin apenas fauna ni flora, el paisaje es monótono y desolado. Sólo una especie



La carretera panamericana cruza las desérticas pampas peruanas

de planta muy resistente, que se alimenta de la humedad del aire, logra crecer a ras del suelo. Esta pampa amarillenta, donde no llueve prácticamente nunca, se anima de vez en cuando con la presencia de pequeñas chozas de bambú y adobe encaladas en suaves tonos ocres. Tras cinco horas de viaje, el autobús me deja en la localidad de Ica, donde contrato un destartado vehículo. Su dueño, Salvador, es un grueso cincuentón de aspecto patibulario y mirada inteligente.

En el parabrisas se puede apreciar la inconfundible marca de un balazo, de cuyos bordes surgen líneas quebradas que se dispersan por el cristal. Del espejo retrovisor cuelga una estampa de un santo.

Los autores de las gigantescas figuras creían que los astros constituían un panteón divino que marcaba el pulso de sus vidas



Líneas y dibujos gigantescos conforman el conjunto arqueológico de Nazca

Aunque Salvador apenas habla, en un inesperado arrebato de extroversión me indica con la mano la presencia de un individuo semidesnudo que permanece inmóvil en la cuneta. «Es un anacoreta de la pampa», dice con convicción. Poco después llegamos a Nazca, donde paso la noche en el hotel La Maison.

Por la mañana me embarco en una avioneta que sobrevuela los geoglifos, con la mala fortuna de que a la media hora de despegar el motor de la Cessna deja de funcionar. Segundos antes del incidente, el intenso ruido de los pistones me impedía escuchar las explicaciones del piloto. De repente, un silencio sepulcral invade la cabina del avión. Mi sensación ante el peligro es de perplejidad. «Esto no puede estar sucediéndome». Según descendemos, el roce del aire sobre el fuselaje de la avioneta produce un silbido que cada vez se hace más agudo y penetrante.

Abajo se encuentra el pedregoso desierto de Nazca. A la izquierda observo el contorno difuso de la araña, uno de los gigantescos dibujos que sólo se pueden apreciar desde el aire. El aeropuerto queda lejos, muy lejos. Sin embargo, la pericia del piloto peruano hace que la Cessna planee lentamente hacia un tramo sin apenas tráfico de la carretera panamericana. El descenso parece eterno, pero logramos aterrizar. Ya en tierra, en el mismo instante que un turista italiano se arrodilla y besa el asfalto con fervor, el risueño piloto nos invita a repetir el vuelo con otra avioneta. Evidentemente, rechazo la oferta.

María Reiche, una alemana que llegó a Perú en 1932 para ser tutora del hijo del cónsul alemán en Cuzco, investigó las líneas de Nazca durante décadas. Los habitantes de la zona se referían a ella como la «gringa loca», ya que paseaba sola por las arenas del desierto a la caza y captura de extrañas figuras grabadas en la tierra. Reiche creía que representaban un colosal calendario diseñado por hábiles astrónomos. Gracias a ella, y también a Paul Kosok (el primero que sobrevoló el yacimiento arqueológico), las figuras de Nazca se hicieron internacionalmente famosas. La tenacidad de María Reiche hizo posible que las autoridades peruanas cobraran conciencia del valor incalculable de este yacimiento arqueológico.



La investigadora alemana María Reiche paseando junto a unas líneas

El conjunto suma más de treinta figuras geométricas y dibujos de animales. Entre ellos se pueden apreciar un pelícano, una garza, un perro, un colibrí, un mono.... El pájaro mide 300 metros y el mono alcanza los 135 metros. Su milagrosa supervivencia durante tantos siglos se debe a la climatología de la zona. Aproximadamente cada dos años llueve tan sólo media hora. También influye el alto contenido de yeso del terreno, que ayuda a mantener compactadas las pequeñas piedras que componen los dibujos.

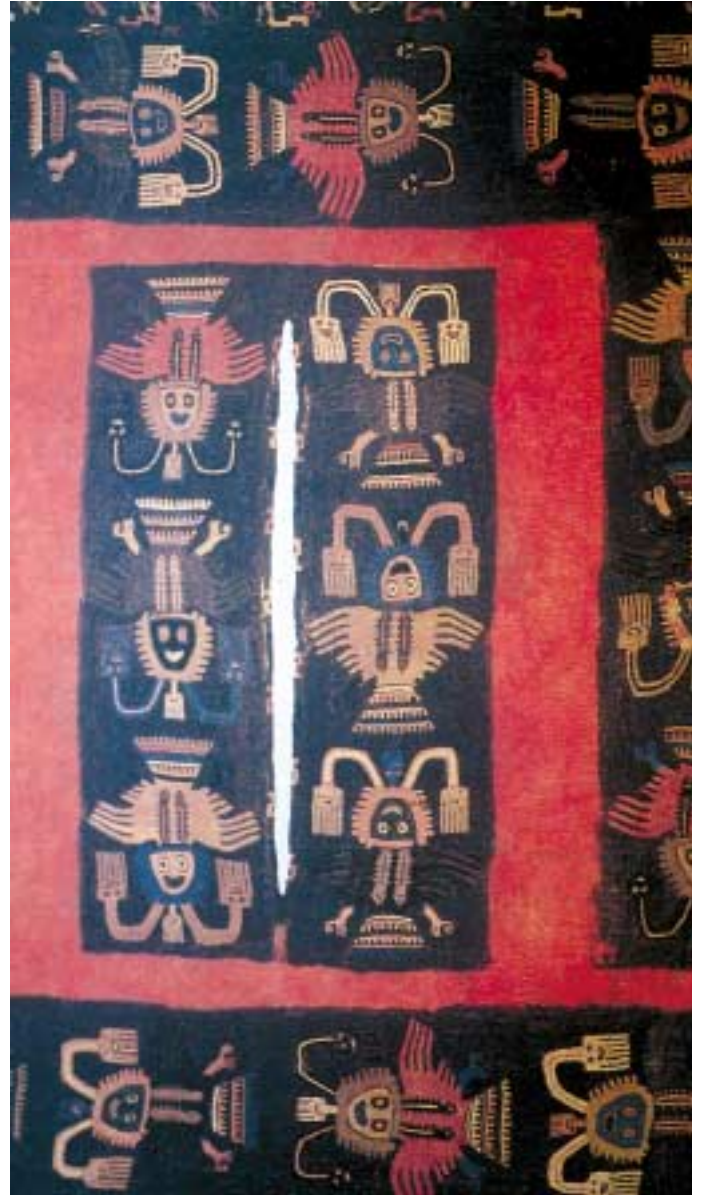
En 1947, el investigador Hans Horkheimer aseguró que las figuras eran reproducciones sagradas, dedicadas principalmente al culto totémico y trazadas para servir como escena a las coreografías rituales de los antiguos nazca. Hork-

heimer pensaba que los planos geométricos de las figuras se podrían relacionar con la idea de «caminos simbólicos» que

eran recorridos por los vivos y los muertos. De hecho, muchas líneas convergen hacia lugares donde se han encontrado enterramientos de momias.

Por su parte, Anthony Aveni supuso que las enigmáticas figuras estaban relacionadas con el complejo sistema de ca-

nalizaciones subterráneas que construyeron los nazca para almacenar los exiguos recursos hídricos de la zona. Esta



Pieza textil nazca que exhibe unas enigmáticas figuras con alas

Los habitantes de las sedientas pampas peruanas construyeron una compleja red de canales subterráneos para almacenar agua

última hipótesis no resulta tan descabellada, sobre todo si se tiene en cuenta que una de las obsesiones fundamentales de aquella cultura fue la de almacenar agua. Para solucionar su escasez, los habitantes de Nazca construyeron una extensa red de canales subterráneos, al-



Los pueblos nazca construyeron aljibes y conducciones de agua para subsistir en un medio natural desértico

gunos de los cuales pueden verse todavía en la zona.

La teoría de Aveni tiene mucho que ver con la que ahora sostienen los arqueólogos Johny Isla y Markus Reindel, cuyos trabajos parecen demostrar que esta región peruana fue habitada de forma continua por las culturas Paracas y Nazca desde el año 800 a.C. hasta el final del imperio Inca, en el año 1532 de nuestra era. Según apuntan estos arqueólogos, las primeras líneas se elaboraron al final de la cultura Paracas, hacia el 200 a.C. La mayor parte de los geoglifos se hicieron en el momento de máximo esplendor de la cultura Nazca (200 años a.C.-650 años después de Cristo).

Las excavaciones que han realizado Isla y Reindel desde 1996 han sacado a la luz pequeñas construcciones situadas en la zona que ocupan las figuras, y en las que se han encontrado ofrendas de productos agrícolas y conchas de «Spondy-

lus», símbolo del agua en el área Andina. Los arqueólogos afirman que el significado de los geoglifos está relacionado con la importancia del líquido elemento en aquellas culturas preincaicas.

María Reiche, que llegó a Perú para educar al hijo del cónsul alemán de Cuzco, investigó las líneas de Nazca durante décadas

En lo que sí coinciden todos los investigadores es en describir la forma en que fueron ejecutadas las enigmáticas figuras y líneas que salpican las pampas peruanas. Los trazados se realizaron despejando una fina capa de piedras oscuras que cubre el suelo de la zona. La segunda capa de tierra amarillenta que quedaba al descubierto daba forma a los dibujos.

Tras digerir el accidentado vuelo sobre Nazca, me dirijo a la Península de Paracas, cercana a la localidad de Ica. En este lugar se encuentra el famoso «Candelabro», grabado sobre una duna de arena en la Punta Pajerrey. Con sus 183 metros de altura, el dibujo es visible desde el barco que me conduce a isla Ballesta, un paraíso de pingüinos, focas y leones marinos que es sobrevolado por miles de pájaros marinos. Es probable que el «Candelabro» de Paracas fuese construido para delimitar el límite de aguas navegables.



La mayor parte de los dibujos se hicieron en el momento de máximo esplendor de la cultura Nazca (200 años a.C–650 años después de Cristo)

Además de regalarnos las figuras de Nazca, los habitantes de la pampa peruana nos han legado gran cantidad de piezas textiles adornadas con dibujos fantásticos. Sus artesanos sobresalieron también por la rica policromía simbólica de los huacos (cacharos de cerámica), fabricados con el caolín y la arcilla de la región. Muchos recipientes exhiben ceremonias rituales y escenas de tinte sexual. Algunos investigadores creyeron ver en algunas piezas textiles las figuras de «hombres voladores», lo que en su opinión demostraría que los nazca encontraron la forma de elevarse del suelo para diseñar desde el cielo las figuras que salpican el desierto peruano.

Pero, para desgracia de los amantes de lo paranormal, el trabajo de los inves-

tigadores Isla y Reindel refuta las hipótesis que hablan de «brujos voladores» y naves provenientes de lejanas galaxias.

El escritor Erich von Däniken aseguró que las enormes líneas eran antiquísimas pistas de aterrizaje para naves extraterrestres

Las investigaciones de los arqueólogos también desarmaron la teoría que presentó Erich von Däniken en los años setenta del siglo pasado. Este hostelero suizo reconvertido en autor de «best seller» aseguró que las líneas eran los vestigios de antiquísimas pistas de aterrizaje para naves alienígenas.

En realidad, las líneas de Nazca tienen un origen más sencillo y cercano. Sus autores no fueron los últimos habitantes de la Atlántida, ni tampoco provenían del espacio exterior. Los creadores de esta joya arqueológica fueron simples seres humanos que dominaron la realización de dibujos gigantes y unas labores de riego que eran fundamentales para sobrevivir en un desierto donde apenas caen cuatro gotas al año. ●